

Ciento cincuenta y tres peces grandes

Homilía de la Misa de celebración arquidiocesana del Jubileo episcopal
Iglesia Catedral, 21 de abril de 2017

Sucesores de los Apóstoles. Diez veces aparece este título aplicado a los obispos en el capítulo tercero de la Constitución Conciliar *Lumen gentium*; esto sin contar la repetición incesante del término *sucesor* para identificar así al Pontífice Romano, que ocupa la cátedra de Pedro. Uno ya se ha acostumbrado, con los años, a verse o sentirse calificado en esos términos; pero pensándolo bien es una enormidad. A mí no me suscita un movimiento de orgullo o vanidad, sino más bien de temor, de terror, y de mi corazón, cuando medito en ello, brotan lágrimas inexplicables, porque no sé si son de contrición, de gratitud o de ternura. Mi confesor me tranquilizó una vez argumentando que se trata del don de lágrimas, pero yo no le he creído, porque se me ocurre que los viejos nos ponemos más sensibles, y en esta fragilidad está la causa.

Considero teológicamente y medito con frecuencia mi inclusión en la línea ininterrumpida de la sucesión apostólica; dos veces en aquel capítulo mencionado el Concilio emplea este sustantivo *sucesión*, siempre referido a la cualidad singular de quien ha sido llamado y consagrado para ejercer el ministerio episcopal, vale decir, apostólico. Más aún, a fines del siglo primero, Ignacio de Antioquía, discípulo del apóstol Juan, escribió –y más de una vez- que en su Iglesia local, el obispo representa a Dios Padre, nada menos. Con estos pensamientos y sentimientos me detengo ahora en algunos detalles del texto evangélico que se ha proclamado, en el cual el redactor da cuenta de esa tercera manifestación del Resucitado.

La perícopa se inicia y se cierra con el verbo *phaneróō*: hacerse o dejarse ver claramente mediante su misma presencia. Dice el texto que empeñados en una pesca infructuosa en el Mar de Tiberíades había siete discípulos; se nombra a Pedro, Tomás, Natanael, los dos hijos de Zebedeo (que son Santiago y Juan) y se le unían otros dos innominados: eran siete, número que en el simbolismo bíblico representa una totalidad, una plenitud. Pedro, como corresponde y a pesar de sus traspiés que deberá enmendar en la sección siguiente del

mismo capítulo, hace punta. Podríamos decir que en ellos, en esos siete, está la Iglesia toda que sale a pescar; yo me permito discretamente colarme. La tarea frustrada implica para aquellos pescadores profesionales una tensión, una cierta angustia; no creo que hayan permanecido indiferentes. Se expresa la situación en el original griego con dos palabras fatales: *epíasan oudén*, no recogieron nada. Los pescadores de entonces conocían muy bien esa amarga posibilidad. También nosotros, pescadores de hombres (cf. Mt. 4, 19).

Pero la presencia de Jesús hace la aurora; les viene al encuentro, aunque de lejos, con una palabra afectuosa, propia del lenguaje joánico, tal como aparece en la Primera Carta (1 Jn 2, 13.18; 3, 17): Es una palabra común, pero que el relator une a la sugerencia u orden de echar la red a estribor, o mejor dicho, a lo que será el resultado milagroso de ese gesto: les dice *paidia*, o sea: chicos, muchachos, hijos. El afecto de ese tono, y el poder que el Señor ejerce abren los ojos al discípulo predilecto: *kýriós estín*: es el Señor exclama. El arranque de Pedro, tan característico de su personalidad, y la actitud serena del otro, que la precipita, son actitudes complementarias: la intuición del amor y el deseo de estar cuanto antes con Jesús. Notemos que la red debía ser grande, porque de lo contrario no se explicaría lo que ocurre en la escena siguiente. Siempre es grande la red de que dispone la Iglesia, y la que podemos usar nosotros en ella.

Los apóstoles traen el *prosphágion*, por el cual había preguntado Jesús, el término griego significa alimento, comida en general, “el morfi” decimos nosotros; pero en la costa les esperaba el asadito de un pequeño pez, *opsáron*; sobre las brasas de la caridad, anota en su Comentario Tomás de Aquino. Aunque seguramente comieron también de lo que acababan de pescar. ¿Por qué el redactor consignó este dato de los 153 peces grandes que llenaban la red hasta el colmo? Los intérpretes de todas las épocas se quebraron la cabeza procurando comprender su sentido, y desde antiguo el número suscitó la curiosidad de los lectores. Jerónimo remitía a los zoólogos griegos que enumeraban, según él, 153 clases de peces; pero en realidad él ya deseaba subrayar la plenitud. Agustín se enredó en una explicación matemática para concluir que el número se refiere a los *miles de santos que pertenecen a la gracia del Espíritu*. En otro intento de solución el

mismo Agustín alegoriza: tres veces cincuenta (por Pentecostés) más el tres de la Trinidad. Cirilo de Alejandría vio en el 100 a los gentiles y en el 50 al resto de Israel que creyó en Cristo; el tres sería otra vez la Trinidad. Santo Tomás, que conocía muy bien la tradición precedente, prefiere ir sumando progresivamente los números desde el uno, pero reconoce que el 153 *aliquid mystice signat*. Se trata de una señal misteriosa, y concluye: *los que han sido perfeccionados por los siete dones del Espíritu Santo y unidos en la fe de la Trinidad, llegan al Padre*. Otros autores tomaron como base el 17, porque es éste el número de pueblos mencionados por Lucas en su relato de Pentecostés; 153 es 17 x 9.

El empleo de los métodos histórico-críticos en cierto modo desbarata esas lucubraciones simbólicas, pero tampoco nos ofrece una respuesta segura, a no ser el propósito del redactor de subrayar una universalidad; como en otros pasajes del cuarto Evangelio se señala que la misión de Cristo, el Pastor *kalós*, bello, ideal, arquetípico es reunir a todos en un solo rebaño (cf. Jn 10, 14). Lo que importa es que la red no se rompió. No se rompe la red de la Iglesia, y siempre caben en ella más pescados. Una última observación: me parece que al comienzo del relato el acento está puesto en el esfuerzo de los discípulos, luego, y al final, todo es obra de Jesús; sobresale el *dar* del Señor, que no exime del trabajo, pero lo supera. El cuadro del comer juntos contiene una discreta reminiscencia eucarística; pienso en la expresión *lambánei ton árton*, tomó el pan. Sin embargo, lo que importa es la presencia viva y activa del Resucitado.

La lectura de los Hechos de los Apóstoles (Hech. 4, 1-12) nos transmitió las consecuencias de uno de los primeros discursos de Pedro: la agregación a la Iglesia de cinco mil varones que creyeron en su mensaje. El final del pasaje proclama la verdad central de la fe cristiana: el Nombre de Jesús, *porque en ningún otro hay salvación, ni existe bajo el cielo otro Nombre dado a los hombres, por el cual podamos salvarnos*. El Nombre en el lenguaje judío era un subterfugio para no nombrar al Innombrable, Yahweh. Ahora el Innombrable puede ser nombrado: Jesús. Los obispos debemos incluir en nuestra predicación y en las declaraciones públicas numerosos temas: la justicia social (que todos tengan tierra, techo y trabajo), el cuidado del medio ambiente y la protección de la democracia, los derechos humanos y la no

discriminación, la concordia en un país desgarrado por la división y la violencia, y tantos más argumentos que integran la agenda de nuestras reuniones. Las más veces aquellos a los cuales nos dirigimos no nos llevan el apunte, pero en algunas ocasiones logramos un aplausito del mundo –quiero decir-, de la corporación periodística, que dirige tiránicamente la opinión general. Me pregunto sencillamente si hablamos lo bastante de Jesús (nunca es bastante), y de la salvación, los mandamientos de la Ley de Dios y el Sermón de la Montaña. Lo que se puede comprobar dramáticamente es que en la Argentina de hoy miles (más de cinco mil por cierto) bautizados en la Iglesia Católica, se han pasado a los diversos y abundantísimos grupos evangélicos. Son los pobres, no la gente “paqueta”. Sería interesante medirlo científicamente; por ejemplo, que el Observatorio de la Deuda Social de la Universidad Católica Argentina, que cumple una labor tan meritoria, asuma el tema. En este caso también se trata de una deuda. ¡De lo principal que le debemos a nuestro pueblo! A propósito, la teología del pueblo, inspirada en el racionalismo kantiano y en la dialéctica hegeliana, insuflada en tantos programas pastorales, no es ajena a aquellos resultados catastróficos. Ahora algunos teólogos –más bien sedicentes tales – trabajan en la elaboración de una teología de la masa; de seguir por ese camino acabaremos en la teología del piquete. Se me ocurre que podríamos ensayar el método de los apóstoles: hablar más y más de Jesús, anunciar la salvación y sus inevitables exigencias, y apoyarnos en esta ingenua y esperanzada convicción; a saber, si un torrente de argentinos creen en el Señor Resucitado y viven en su gracia, si hay gente más buena, sobrenaturalmente más buena, quizá pueda mejorar el mundo en que vivimos, y nuestra patria en él. Sin quizá; sería así. Solo que deberíamos estar dispuestos a afrontar el juicio ante los nuevos sanedrines. Hay que releer lo que el Concilio Vaticano II enseñó acerca del pueblo de Dios: *La condición de este pueblo es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Tiene por ley el nuevo mandato de amar como el mismo Cristo nos amó a nosotros. Y tiene en último lugar, como fin, el dilatar más y más el reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, hasta que al final de los tiempos él mismo también lo consume* (Lumen gentium, 5). Esta realidad teologal no puede ser degradada a una categoría sociocultural o política, ni confundida con ella sometiéndola a mescolanzas inaceptables.

Retomo los 153 peces grandes. Desde la orilla del lago el Señor nos indica dónde arrojar la red, y nos colma de alegría con su generosidad. De ese modo la noche de la decepción y el fracaso queda atrás. No faltan, por supuesto, los defectos, las carencias, las pifiadas que tanto desentonan. Pero es más lo que tenemos y aquello de lo que podemos gozar actualmente en la arquidiócesis: el revivir de muchas parroquias merced, sobre todo, del fervoroso empeño de sacerdotes jóvenes; el nuevo florecimiento de la catequesis, un valor histórico de la Iglesia Platense logrado por la inteligente prioridad que le otorgaron varias generaciones anteriores; la gracia de las abundantes vocaciones sacerdotales que constituyen una segura esperanza para el futuro; la participación creciente de los jóvenes y su deseo de formarse integralmente, porque asumen su identidad cristiana y no quieren plegarse al “todos lo hacen” de una cultura descristianizada y deshumanizada, favorecida por leyes inicuas. Son jóvenes precisamente los que animan un amplio sector de pastoral universitaria y diversas iniciativas solidarias a favor de los más pobres. No es menor la creación de capillas y centros de evangelización en las periferias de la ciudad y en localidades vecinas, la multiplicación de las misiones y la fundación de nuevos colegios. No es mi propósito desplegar un catálogo de éxitos; se trata de algo más profundo. Quiero subrayar que son muchos los que trabajan, pero es el Señor el que da. Por eso importa fundamentalmente contemplarlo, amarlo, estar atento a recibir su Palabra y reconocer con gratitud sus dones.

El obispo solo no puede hacer nada. Los obispos, más bien, porque cuento con dos excelentes auxiliares, los monseñores Baisi y Bochaty, a los que tengo tanto que agradecer. Pero ¿qué podríamos hacer sin los presbíteros? El Vaticano II los llama *próvidos cooperadores del Orden Episcopal* (Lumen gentium, 28), *colaboradores y consejeros necesarios* (Prebyterorum ordinis, 7) Además de este apoyo contamos con otro: muchísimos laicos en la Iglesia platense han asumido su vocación de miembros activos del pueblo de Dios, vocación que ejercen en la educación, la catequesis, la pastoral social, las tareas de caridad efectiva y en otras áreas de trabajo apostólico. ¡Gracias a todos! Las religiosas se pliegan con total disposición a estas numerosas iniciativas; están ubicuamente donde haga falta. Y nuestro Carmelo *Regina Martyrum* y

San José, que florece en número, en santidad y en normalidad se ha convertido en el corazón de esta Iglesia, como se proponía Santa Teresita: ellas son el amor.

En esta celebración de aniversario me siento movido al reconocimiento. En primer lugar al Santo Padre Francisco por la hermosa carta que me ha enviado, y enseguida para con todos los que hoy me acompañan: el Cardenal Primado, el Nuncio Apostólico, el Presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, los otros hermanos obispos, y en especial a mi “mellizo” Mons. Rubén Frassia, a quien felicito de corazón porque también él está de aniversario, ya que juntos aquel 4 de abril del 92 fuimos incorporados al Cuerpo de Sucesores de los Apóstoles como Auxiliares de Buenos Aires. Valoro inmensamente la presencia del Arzobispo Crisóstomo, de la Iglesia Ortodoxa Siria, buen vecino y amigo. No hace falta que les diga a mis seminaristas cuánto los quiero y cuánto espera la Iglesia de ellos. No olvido la participación de las autoridades provinciales y municipales. No puedo omitir algunos nombres, aunque pido disculpas porque seguramente olvidaré a muchos y por otra parte no podría nombrarlos a todos; de la Vicaría Belgrano de la Arquidiócesis de Buenos Aires, el Padre Alejandro Russo y Laura Brunetti de Remón, la inefable Laly, que según me avisó hoy no podía venir. Gracias a ellos por la ayuda cercana y gratísima de aquellos seis años. De esta arquidiócesis: Mons. Nicolás Baisi, hijo, hermano y amigo, que cuenta con el tesoro de una experiencia pastoral mucho más amplia que la mía y que por tanto es para mí fuente de consejo e inspiración; el Padre Raúl Sidders y la doctora María Ángela Cabrera, la por múltiples razones famosa Maruca. ¡Cuánto les debo! Puedo añadir a quienes trabajan en el arzobispado con dedicación y afecto, no solo para tener un empleo. Otro nombre: el Suboficial Principal Carlos Canosa, desde hace diecisiete años mi custodio y chofer; su auxilio me es cada vez más necesario.

De aquel 4 de abril de hace veinticinco años deseo recordar el momento en que el inolvidable Cardenal Quarracino deslizó en mi dedo esta amatista, regalo del eximio joyero Uber Ricciardi. Dijo: *Recibe este anillo, signo de fidelidad, y adornado de una fe inquebrantable, permanece fiel a la Iglesia, Esposa santa de Dios*. La gracia del Señor me ha sostenido, he

permanecido fiel. La Virgen Santísima, a la que recurro continuamente como un niño, se portó siempre como mi Madre.

Concluyo evocando nuevamente la escena del mar de Tiberíades, y lo hago con estas bellísimas palabras del Papa Ratzinger: *El extenso lago, cuyas aguas se funden en el horizonte con el azul del cielo, es imagen del futuro de la Iglesia, en el que allá, a lo lejos, se tocan cielo y tierra. Se puede, llenos de consuelo y esperanza, afrontar la partida al mar de los tiempos venideros, porque Jesús está en la orilla y porque su palabra guía el viaje. Amén. Aleluya.*

+ Héctor Aguer
Arzobispo de La Plata.